



De enseñar no vive el maestro

Óscar: maestro y técnico



En su local Oscar Lizcano repara desde un computador hasta una plancha. Para él electrónica es elemental, aunque a veces no es como parece. Por su hermano está en este cuento. Los mayores todos se casaron y él convirtió a su madre en una prioridad para lograr que viviera muy bien, aún a costa de lo que más gusta, la educación. Aunque para muchos el cuadro podría ser patético, para él es normal.

Lizcano es licenciado en Ciencias sociales de la Universidad Distrital y realiza un postgrado en la Universidad Javeriana en Enseñanza de la historia. En este espacio desordenado, como él mismo lo llama, construyó su monografía, atiende los amigos, estudia, prácticamente vive.

Este trabajo le ha brindado subsistencia desde que estaba en la Distrital. Como licenciado trabajó durante cinco años en colegios privados y fueron suficientes para darse cuenta que "lo que ganaba no le alcanzaba para nada", era imposible costear sus gastos, los de su madre y aún menos hacer lo que le gusta, estudiar.

Como muchas cosas en su vida, la tradición familiar también lo tocó para escoger equipo de fútbol. Se decía que todos debían estar con el equipo rojo, "Santafecito lindo", y así fue hasta que cumplió quince años, cuando se dio cuenta de que era muy malo. Desde entonces no es hinch de ningún equipo en particular, pero sí de la selección Colombia. No solo del buen fútbol, también se volvió admirador de la música salsa, su favorita, y de Ciorán, Baudelaire, Gonzalo Arango, Andrés Caicedo ... y muchos más.

De ellos retoma sus ideas, las conjuga con su vida y profundidad en sus contradicciones, para Oscar la idea es traerlos y construir algo a partir de eso, no como muchos amigos lo hacen, para citarlos textualmente. Todas las cosas que lee le sirven para atender la gente, adquirir un disco o convencer a un cliente, es algo así como "la mentira técnica",

que cada técnico o mecánico utiliza, si se tiene un buen discurso las cosas marchan bien, no quiere decir que sea un mentiroso, simplemente, agrega siempre la observación "por favor, póngalo entre comillas".

Oscar fue uno de los maestros que se presentó a la convocatoria distrital para ingreso al sector oficial y declara con gran tristeza y angustia qué sintió al ver a sus compañeros de la universidad: estaban mal económicamente e, incluso, se atreve a decir que también intelectualmente, o sea, estaban en crisis, sin expectativas, acostumbrados a una vida poco estimulante, eso es lo que le da más miedo. Viéndolos siente que aprendió a ver lo que no quiere ser. Estaban como estáticos, sin mayores alicientes, sin proyección, llamando burgueses a quienes estudian en la Javeriana, él honestamente no entiende por qué una visión tan pequeña de la vida.

Sus compañeros de universidad tenían algo en común, habían progresado, tenían hijos y estaban casados. Algunos confesaban estar arrepentidos de la pro-

fesión, y eso entristece, según él no deberían ejercer maestros que se sientan así, deberían estar realizándose en otra cosa.

Piensa que para ser maestro se necesitan muchas cosas. Desde estabilidad, condiciones de vida digna, lo que incluye salud, vivienda, pero lo más importante apoyo para continuar estudiando, haciendo investigación, para esto hay que estudiar siempre. Por eso critica el papel que cumple la universidad, después de cuatro o cinco años de "teoría" y muy poca experiencia, considera que es una de las causas por la cual la educación está en crisis. Por eso se retiró de los colegios donde trabajó, para no contagiarse. También, por las condiciones económicas. Ser técnico para Lizcano, arreglar un televisor o un radio es más rentable que la educación, pero la educación obviamente le da más satisfacciones. En la educación hay investigación, como técnico no. Este es un trabajo fácil, lleva mucho tiempo aprendiéndolo y es a veces rutinario, le aporta beneficios económicos y luego

los invierte en el campo de la educación de las ciencias sociales.

Los ojos de Oscar Lizcano brillan cuando escarba en sus sueños y afloran en palabras para contar aquello que ha anhelado durante mucho tiempo. Uno de los objetivos construido con todos estos años de estudio es dejar su trabajo de técnico, pero no del todo. Si a esto le dedica en promedio ocho horas diarias, le daría dos, sería como el hobby. Ahora es lo contrario, el hobby es la historia y el trabajo es este. Le gustaría que un día de vacación o descanso pueda reparar un televisor y no todos los días, y lo reitera con el dicho "el que trabaja en lo que no le gusta es un desocupado" y eso es lo que él siente a veces. Y eso es maluco sentirlo allí, en el taller, pero en la escuela con el compromiso tan grande que es educar a las nuevas generaciones, le causa tristeza, y allí no quiere llegar.

Reparar un televisor u otro objeto, dice Oscar, es un trabajo alienante cuando se desea hacer otro, pero igual se está preparando todos los días para hacerlo bien. A veces no permite reflexionar sobre lo que sucede en la sociedad, "los técnicos no siempre se interesan por la situación social y uno se achica en lo rutinario". Es ventajoso en lo económico, se aprende a vivir más descomplicadamente y a tratar de todo tipo de gente, aquellos que se acercan con sorpresa a observarle en lo que llama su taller "anormal" por rodearse de cosas tan diferentes, pero complementarias para su vida.

Oscar continúa buscando una institución en donde pueda compartir con los alumnos y los maestros lo que sabe y aprender también de ellos, si bien cree que es difícil encontrarla, pues no ha logrado colmar sus expectativas porque en donde ha pedido trabajo le ofrecen un sueldo minúsculo y mayúsculas responsabilidades con cero de autonomía, en lugares donde campean las órdenes, las normas per se; no pierde la esperanza, realmente quiere ser maestro y, además, desea continuar investigando sobre lo que siempre le ha llamado la atención: la historia y las formas de enseñarla.

